

VISITAS. — MANZONI. — ENFERMEDAD DE BONAPARTE. — OSSIÁN. — MEDITACIONES DE NAPOLEÓN A VISTA DEL MAR. — PROYECTOS.—ÚLTIMA OCUPACIÓN DE BONAPARTE. — SE AGUESTA Y NO SE LEVANTA.—DICTA SU TESTAMENTO. — SENTIMIENTOS RELIGIOSOS DE NAPOLEÓN. — EL LIMOSNERO VIGNALI. — NAPOLEÓN Y SU MÉDICO. — RECIBE LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS. — EXPIRA. — FUNERALES. — DESTRUCCIÓN DEL MUNDO NAPOLEÓNICO.

Santa Elena está situada entre los dos polos. Los navegantes que van de un lugar al otro saludan esta primera estación, donde la tierra distrae las miradas fatigadas del espectáculo del Océano, y ofrece frutas y la frescura del agua dulce a paladares irritados por la sal. La presencia de Bonaparte había trocado esta isla de promisión en una roca apesada: los buques extranjeros ya no se detenían allí, y apenas los divisaban a veinte leguas de distancia, salía un crucero a reconocerlos, intimándoles pasasen de largo, y no se admitía a puerto, a menos de una tormenta, sino a los buques de la marina inglesa.

Algunos de los viajeros ingleses que venían de admirar, o que iban a ver las maravillas del Ganges, se detenían en el camino para visitar otra. La India, acostumbrada a los conquistadores, tenía uno encadenado a sus puertas.

Napoleón admitía estas visitas con pena; pero consintió en recibir a lord Amherst a la vuelta de su embajada de China. El almirante sir Pulteney-Malcolm le agradó: «¿Tiene el gobierno de usted—le preguntó Bonaparte—la intención de tenerme en esta roca hasta mi muerte?» El almirante respondió que así lo temía. «Entonces, llegará pronto mi muerte.» «Espero que no, caballero; pues habéis de vivir bastante tiempo para escribir vuestras grandes acciones; y como éstas son tan numerosas, la tarea os asegura una larga vida.»

No chocó a Bonaparte este simple tratamiento de *caballero*: en este momento se reconoció por su verdadera grandeza. Felizmente para él, no ha escrito su vida; porque lo hubiese hecho mal: los hombres de esa naturaleza deben dejar que cuente sus memorias una voz desconocida que no pertenece a nadie, y que sale de los pueblos y de los siglos. Sólo a

nosotros, vulgo que somos, nos es permitido hablar de nosotros mismos, pues sin ello nadie hablaría.

El capitán Basil-Hall se presentó en Longwood, y acordándose Napoleón de haber visto al padre del capitán en Brienne, le dijo: «Su padre de usted era el primer inglés a quien había visto, y por eso he conservado su recuerdo toda mi vida.» Después conversó con el capitán sobre el reciente descubrimiento de la isla de Lou-Tchou, y el capitán le dijo: «Los habitantes no tienen ninguna clase de armas.» «¿Cómo!», exclamó Bonaparte. «Ni cañones, ni fusiles.» «¿Pero al menos tendrán lanzas, arcos y flechas?» «Nada de eso.» «¿Ni puñales?» «Ni puñales.» «Entonces, ¿cómo se baten?» «Ellos ignoran todo lo que pasa en el mundo; no saben que Francia e Inglaterra existen, y jamás han oído hablar de V. M.» Bonaparte se sonrió de una manera que chocó al capitán: mientras más serio es el rostro, más hermosa es la sonrisa.

Estos diversos viajeros notaron que no se presentaba ninguna huella de color en el semblante de Bonaparte: su cabeza se parecía a un busto de mármol, cuya blancura se hubiera amarilleado ligeramente por el tiempo. Ni la frente arrugada, ni las mejillas hundidas, su alma parecía tranquila, y esta calma aparente hizo creer que la llama de su genio se había extinguido. Hablaba con lentitud, su expresión era afectuosa y casi tierna; algunas veces lanzaba miradas brillantísimas; pero tal estado pasaba pronto; sus ojos se velaban y se ponían tristes.

¡Ah! Sobre estas riberas habían comparecido en otro tiempo viajeros conocidos de Bonaparte.

Después de la explosión de la máquina infernal, un senadoconsulto de 4 de Enero de 1801 decretó sin juicio, por simple medida de policía, el destierro a ultramar, de ciento treinta republicanos: embarcados en la fragata *Chiffonne* y en la corbeta *Flèche*, fueron conducidos a las islas Seychelles y dispersados más tarde en el archipiélago de los Comoras, entre el Africa y Madagascar, donde murieron casi todos. Dos de los deportados, Lefranc y Saunois, que consiguieron fugarse en un buque americano, llegaron en 1803 a Santa Elena: aquí era donde doce años más tarde debía encerrar la Providencia a su gran opresor.

El famoso general Rossignol, su compañero de infortunio, exclamó un cuarto

de hora antes de morir: «Muero martirizado por los más horribles dolores; pero moriría contento si pudiera saber que el tirano de mi patria sufriría los mismos padecimientos.» De este modo llegaban hasta el otro hemisferio las impresiones de la libertad contra él.

Italia, arrancada a su largo sueño por Napoleón, volvió los ojos hacia el ilustre hijo que la quiso devolver a su gloria y con quien volvió a caer bajo el yugo. Los hijos de las Musas, los más agradecidos de los hombres, cuando no son los más viles y los más ingratos, dirigen la vista hacia Santa Elena. El último poeta de la patria de Virgilio cantaba al último guerrero de la patria de César:

Tutto ei provò, la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria,
La reggia e il triste esiglio:
Due volte nella polvere,
Due volte sugli altari.

El sí nomo: due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi a lui sí volsero,
Come aspettando il fato:
El fè silenzio ed arbitro
S'assise in mezzo a lor.

«Experimentó — dice Manzoni — la más alta gloria después del peligro, la fuga, el triunfo de la monarquía y el triste destierro: dos veces se vió humillado en el polvo y dos veces colocado sobre un altar.

»Pronunció su nombre: dos siglos, armados el uno contra el otro, se sometieron, pendientes de su voluntad: impuso silencio y se sentó como árbitro en medio de ellos.»

Bonaparte se acercaba a su fin; roído por una llaga interior, que las penas habían envenenado, y que también le había acompañado en medio de la prosperidad: ésa fué la única herencia que recibió de su padre: el resto le provenía de las munificencias de Dios.

Ya contaba seis años de destierro; menos necesitó para conquistar Europa. Casi siempre estaba encerrado, y leía a Ossian de la traducción italiana de Cesarotti: todo le entristecía bajo un cielo donde la vida le parecía más breve, durando el sol tres días menos en ese hemisferio que en el nuestro.

Ovidando Bonaparte un pensamiento suyo, que ya he citado (*No habiéndome dado la vida, no me la quitaré jamás*), hablaba de suicidarse, y tampoco se acordaba de su *orden del día* con motivo del suicidio de uno de sus soldados. El con-

fiaba bastante en la adhesión de sus compañeros de cautiverio para creer que consentirían en asfixiarse con él al vapor de un brasero: la ilusión era grande. Tal fué la embriaguez de una larga dominación; pero en las impacencias de Napoleón no debe considerarse más que el grado de padecimientos a que había llegado. Habiendo escrito el señor de Las Cases a Luciano sobre un pedazo de seda blanca, contraviniendo los reglamentos, recibió la orden de salir de Santa Elena; su ausencia aumentó el vacío alrededor del desterrado.

El 18 de mayo de 1817, lord Holland hizo una interpelación en la Cámara de los Pares con motivo de las quejas transmitidas a Inglaterra por el general Montholon, diciendo: «La posteridad no examinará si Napoleón ha sido justamente castigado de sus crímenes, sino si Inglaterra ha mostrado la generosidad que convenía a una gran nación.» Lord Bathurst combatió la moción.

El cardenal Fesch despachó desde Italia dos sacerdotes a su sobrino. La princesa Borghese solicitaba el favor de reunirse a su hermano. «No — dijo éste —; no quiero que sea testigo de mi humillación y de los insultos a que estoy expuesto.» Esta hermana amada, *germana Jovis*, no atravesó los mares, y murió en los lugares donde Bonaparte había dejado su fama.

Se formaron proyectos de raptó: un coronel, Latapie, a la cabeza de una banda de aventureros americanos, proponía un desembarco en Santa Elena. Johnston, atrevido contrabandista, intentó robar a Napoleón por medio de un buque submarino. Algunos lores jóvenes entraban en estos proyectos y conspiraban para romper las cadenas del opresor. Bonaparte esperaba su libertad de los movimientos políticos de Europa, y a vivir hasta 1830, tal vez hubiera vuelto a reinar: pero, ¿qué hubiera hecho entre nosotros? Habría parecido caduco y atrasado en medio de las nuevas ideas. Pero Napoleón, debilitado, sólo se ocupaba ya como un niño, divirtiéndose en cavar en su jardín un pequeño estanque, donde metió algunos peces: habiendo alguna parte de cobre en el revestimiento del estanque, se murieron los peces, y Bonaparte exclamó: «Todo lo que se adhiere a mí es herido de muerte.»

A fines de febrero de 1821 Napoleón se vió obligado a meterse en cama para no levantarse más. «¡Bastante caído estoy—

decía—; antes removía el mundo, y ahora no puedo levantar los párpados!» No creyendo en la medicina, se oponía a una consulta de Antomarchi con médicos de James-Town; no obstante, admitió junto a su lecho de muerte al doctor Arnold. Del 13 al 27 de abril dictó su testamento, y el 28 ordenó que enviaran su corazón a María Luisa, prohibiendo a todo cirujano inglés que pusiese manos sobre su cadáver. Persuadido de que sucumbía a la enfermedad de que su padre había muerto, encargó entregasen al duque de Reichstadt el acta de la autopsia. Esta enseñanza paternal ha sido inútil, pues Napoleón II ha ido a unirse con Napoleón I.

En sus últimos días se despertó el sentimiento religioso de que siempre estuviera penetrado Bonaparte. Thibaudeau cuenta en sus *Memorias sobre el Consulado* que el primer cónsul le dijo, con motivo del restablecimiento del culto: «El domingo último, en medio del silencio de la naturaleza, me paseaba por estos jardines (de la Malmaison); el sonido de la campana de Ruel vino a herir de repente mi oído, y renovó todas las impresiones de mi juventud: me conmoví en extremo—y añadió—: si esto sucede en mí, ¿qué efecto no producirán semejantes recuerdos en hombres sencillos y crédulos? ¡Que vuestros filósofos respondan a esto!»... Y exclamó, levantando las manos al cielo: «¿Quién es el que ha hecho todo esto?»

En 1797, por proclama de Macerata, autoriza Napoleón la residencia de los sacerdotes franceses refugiados en los Estados del papa, prohíbe se les inquiete, y ordena a los conventos que los alimenten, asignándoles una pensión en dinero. Sus variaciones en Egipto, su cólera contra la Iglesia, de quien era el restaurador, demuestran que un instinto de espiritualismo le dominaba, aun en medio de sus extravíos.

Dando a Vignale los detalles de la capilla mortuoria donde quería se colocasen sus despojos, creyó notar que su encargo desagradaba a Antomarchi, y explicándose con el doctor, le dijo: «Usted está por encima de estas debilidades; pero, ¿qué queréis? yo no soy ni filósofo ni médico. Yo creo en Dios, soy de la religión de mi padre, y no es ateo quien quiere..... ¿Podéis no creer en Dios? puesto que todo proclama su existencia, y los más grandes genios lo han creído...

Sois médico... esta gente no entiende más que de la materia, y jamás cree en nada.» Dejad de admirar a Napoleón, vosotros los titulados *spiritus fuertes* de esta época: nada tenéis que hacer con ese pobre hombre. ¿No llegó a figurarse que iría a buscarle un cometa, como el que en otros tiempos creyeron que se había llevado a César? Además, Bonaparte, *creía en Dios; era de la religión de su padre: no era filósofo ni ateo*; no había declarado, como vosotros, guerra al Eterno a pesar de no ser pocos los reyes que había vencido en los campos de batalla; en su concepto, *no había cosa que no proclamara la existencia del ser Supremo*; declaraba *que los más sublimes talentos habían creído en la existencia de Dios*, y que él no quería apartarse de la creencia de sus padres. Por último, ¡cosa estupenda!, aquel primer hombre de los tiempos modernos, este hombre de todos los siglos, era cristiano en el XIX. Su testamento empieza por esta cláusula:

Muero en la religión apostólica y romana, en cuyo seno nací hace ya más de cincuenta años.

En el párrafo tercero del testamento de Luis XVI se lee:

Muero en la comunión de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica y romana.

La Revolución nos ha dado muchas lecciones; pero, ¿hay una sola comparable a ésta? ¡Bonaparte y Luis XVI haciendo la misma profesión de fe! ¿Queréis saber el precio de la cruz? Buscad en todo el mundo lo que más conviene a la virtud desgraciada o al hombre de genio moribundo.

El 3 de mayo Bonaparte se hizo administrar la Extremaunción, y recibió el Santo Viático. El silencio del aposento sólo era interrumpido por el estertor de la muerte, mezclado al ruido regular de un péndulo. El 4 estalló una tempestad, y casi todos los árboles de Longwood fueron desarraigados; y el 5, en fin, a las seis menos once minutos de la tarde, en medio de los vientos, de la lluvia y del estrépito de las olas, Napoleón entregó a Dios el más poderoso soplo de vida que jamás haya animado al barro humano. Las últimas palabras que se recogieron de los labios del conquistador, fue-

ron: *Cabeza... ejército, o cabeza de ejército*. Su pensamiento erraba aún en medio de los combates. Cuando cerró para siempre los ojos, su espada, muerta con él, estaba tendida a su izquierda; sobre su pecho descansaba un crucifijo; el símbolo pacífico, aplicado al corazón de Bonaparte, calmó las palpitations de este corazón, como un rayo del cielo hace calmar las olas agitadas.

Bonaparte deseó primero ser enterrado en la catedral de Ajaccio, pero después, por un codicilo de 16 de abril de 1821, legó sus huesos a Francia. El cielo le había servido mejor, y su verdadero mausoleo es la roca donde expiró (véase mi narración acerca de la muerte del duque de Enghien). Previendo la oposición del gobierno inglés a sus últimas voluntades, hizo elección eventual de una sepultura en Santa Elena.

En un valle estrecho, llamado de *Slane* o de *Geranium*, ahora del *Sepulcro*, corre una fuente, donde los domésticos chinos de Bonaparte, fieles como los javaneses de Camoens, habían acostumbrado a llenar sus ánforas; dos llorones se inclinan sobre la fuente, y una hierba fresca, sembrada de *tchampas*, crece a su alrededor. «El *tchampas*, a pesar de su brillo y de su perfume, no es una planta que se busca, porque florece sobre las tumbas», dicen las poesías sánscritas.

Napoleón se complacía en los llorones de la fuente y pedía la paz al valle de Slane, como Dante desterrado pedía la paz al claustro de Corvo. En agradecimiento al reposo pasajero que disfrutó allí en los últimos días de su vida, indicó este valle para abrigo de su descanso eterno. Hablando de la fuente, decía: «Si Dios quisiera que me restableciese, elevaría un monumento en el sitio donde ella surge.» Aquel monumento fué su tumba. En tiempo de Plutarco, en un lugar consagrado a las ninfas, a orillas del Strymon, todavía se veía un sitio de piedra, en el cual se había sentado Alejandro.

Napoleón, con botas y espuelas, con uniforme de coronel de la guardia, y condecorado con la Legión de Honor, fué expuesto muerto en su lecho de hierro. En su rostro, que jamás se asustó, el alma, al retirarse, había dejado un estupor sublime. Los plomeros y carpinteros clavaron y encerraron el cadáver en un cuádruple féretro, pues parecía te-

merse que nunca estaría bastante apisionado. La capa que el vencedor de otros tiempos llevaba en los vastos funerales de Marengo, sirvió de paño mortuorio del ataúd.

El 28 de mayo se celebraron las exequias, con un tiempo hermoso. Cuatro caballos conducidos por palafreneros a pie tiraban del carro fúnebre, que iba rodeado de veinticuatro granaderos ingleses sin armas, y detrás el caballo del emperador. La guarnición de la isla ocupaba los precipicios del camino; tres escuadrones de dragones precedían al féretro, y cerraban la marcha el regimiento de infantería número 20, los soldados de marina, los voluntarios de Santa Elena y la artillería real con quince piezas. Grupos de músicos, colocados de trecho en trecho, tocaban aires fúnebres. En un desfiladero se detuvo el carro fúnebre, y los veinticuatro granaderos tuvieron el honor de llevar el cuerpo en hombros hasta la sepultura. Tres salvas de artillería saludaron los restos de Bonaparte en el momento de bajar a la fosa: una piedra que debía ser empleada en la construcción de una nueva casa para el desterrado, sirve ahora para cerrar su último calabozo.

Se recitaron los versículos del salmo 87: «Yo he sido pobre y lleno de trabajos en mi juventud; he sido ensalzado y después humillado... he sido herido por vuestra cólera.» De minuto en minuto el navío almirante disparaba un cañonazo, y a esta armonía de la guerra, perdida en la inmensidad del Océano, respondía al *requiescat in pace*. El emperador, enterrado por sus vencedores de Waterloo, había oído la primera detonación de esta batalla, pero no oía la última con que Inglaterra turbaba y honraba su sueño en Santa Elena.

Lord Byron creyó que el dictador de los reyes había abdicado su fama, y que iba a extinguirse en el olvido. El poeta hubiera debido saber que el destino de Napoleón era una musa, como todos los otros destinos. La soledad del destierro y de la tumba de Bonaparte ha derramado sobre una memoria brillante otra especie de prestigio. Alejandro no murió a los ojos de la Grecia, sino que desapareció en las soberbias lontananzas de Babilonia. Napoleón no ha muerto a los ojos de Francia, sino que se ha perdido en los fastuosos horizontes de las zonas tórridas. Duerme como un ermitaño o como un paria en un valle, en el extremo

de un sendero desierto. Las naciones se ausentaron de él. «El pájaro de los trópicos — dice Buffon—, *uncido al carro del sol*, se precipita desde el astro de la luz; ¿dónde descansa hoy día? Descansa sobre las cenizas cuyo peso ha hecho inclinar el mundo.»

Imposuerunt omnes sibi diademata, post mortem ejus. et multiplicata sunt mala in terra. (MACCHAB.).

«Todos se apoderaron de la diadema después de su muerte, y se multiplicaron los males sobre la tierra.»

Estas palabras del libro de los Macabeos respecto a Alejandro, parecen escritas para Napoleón. «Se han repartido sus coronas y se han multiplicado los males de la tierra.» Veinte años han transcurrido apenas desde su muerte, y ya no existen ni la Monarquía francesa ni la española. El mapa universal ha cambiado, y nos hemos visto en la necesidad de aprender una geografía nueva: separados de sus soberanos legítimos, los pueblos se han arrojado en los brazos de reyes aventureros; actores de renombre han desaparecido de la escena, reemplazándose en ella cómicos desconocidos; las águilas se han remontado hasta el espacio invisible desde la copa del alto pino sumido en el mar, y las débiles conchas se agarran todavía con fuerza a la corteza del tronco protector. Como en último resultado todo se encamina a su fin, *el terrible espíritu de innovación que recorría el mundo*, de que hablaba el emperador, y al cual había opuesto el dique de su genio, ha vuelto a emprender su desenfrenada carrera; las instituciones del conquistador se debilitan, porque la última de las grandes existencias individuales será la suya, porque nadie dominará ya en las sociedades ínfimas niveladas, porque la sombra de Bonaparte se levantará solitaria en la extremidad del viejo mundo destruido, como el fantasma del diluvio al borde del abismo. La posteridad más remota descubrirá esta sombra a través de la nada en que desaparecen los siglos desconocidos, hasta el día señalado para el renacimiento de la sociedad.

MIS ÚLTIMAS RELACIONES CON BONAPARTE.

— SANTA ELENA DESPUÉS DE LA MUERTE DE NAPOLEÓN. — EXHUMACIÓN DE BONAPARTE. — MI VISITA A CANNES.

Napoleón hizo conmigo la paz, que nunca firmó con sus coronados carceleros; yo también soy como él, hijo de las olas; como él, nací en una roca a orillas del mar, y me preció de haber conocido a Napoleón mucho mejor que los que le han visto más frecuentemente y han permanecido más tiempo a su lado.

Napoleón, no teniendo ya motivo en Santa Elena para seguir irritado contra mí, renunció a la enemiga que me profesaba; más justo yo también después de su caída, escribí en *El Conservador* el artículo siguiente:

«Los pueblos han llamado a Bonaparte un azote; pero este signo de la cólera de Dios conserva constantemente algo de la grandeza y de la expresión eterna que revela su origen divino. *Ossa arida... dabo vobis spiritum et viveris.* «Huesos áridos, os enviaré mi aliento y viviréis.» Nacido en una isla para ir a morir en otra, situada en los límites de tres continentes; arrojado en medio de los mares en que Camoens profetizó tal vez su presencia al colocar en ellos el genio de las tempestades, Napoleón no puede removerse en su roca sin que un sacudimiento nos lo advierta, porque un paso dado en el otro polo por el nuevo Adamástor, se hará sentir en el nuestro. Si Bonaparte, libre de sus cadenas, se retirase a los Estados Unidos, sus miradas fijadas en el Océano bastarían para turbar a los pueblos del antiguo continente, y su existencia en la ribera americana del Atlántico haría que Europa se viese obligada a establecer un campamento general en la ribera opuesta.»

Napoleón leyó este artículo en Santa Elena; con él derramaba una mano, que él creía enemiga, el último bálsamo sobre sus heridas, y dijo a Montholon:

«Si en 1814 y en 1815 no se hubiera colocado la confianza real en hombres inferiores a las circunstancias, o que, renegando de su patria, sólo ven la salvación y la gloria del trono en el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, cuya ambición tuvo por objeto libertar a

su país de las bayonetas extranjeras, o Chateaubriand, que ha prestado eminentes servicios en Gante, hubieran tenido a su cargo la dirección de los negocios, Francia sería hoy poderosa y temida, en consecuencia de las dos últimas y grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sagrado de la inspiración; sus obras lo demuestran; en ellas no predomina el espíritu de Racine, sino el del profeta. Si algún día llega Chateaubriand a empuñar el timón del Estado, podrá equivocarse y sucumbir. ¡Tantos son los que se han perdido al hacer la prueba! Pero es indudable que todo lo grande y nacional debe convenir a su genio, y que hubiera rechazado con indignación esos actos infamantes de una administración vengativa.»

Estas fueron mis últimas relaciones con Bonaparte. ¿Por qué no he de confesar que sus palabras *halagan la orgullosa debilidad de mi corazón*? Muchos hombres pigmeos, a quienes hice grandes servicios, me han juzgado menos favorablemente que el gigante cuyo poder me había atrevido a combatir.

Mientras desaparecía el mundo napoleónico, procuraba yo informarme de los lugares donde su estrella se había eclipsado. El sepulcro de Santa Elena ha gastado ya uno de sus contemporáneos saucos, y aquel árbol decrepito y caído se ve mutilado continuamente por los peregrinos. La tumba está cercada por una verja de hierro colado, y tres losas transversales se inclinan hacia el foso, en cuyas extremidades crecen algunos iris; la fuente del valle destila todavía sus aguas en aquellos prados que guardan los restos del hombre prodigioso. Los viajeros arrojados a la isla por las tempestades, consignan la obscuridad de sus nombres en aquel ilustre sepulcro; una anciana se ha establecido allí cerca para vivir con la sombra de sus recuerdos, y un inválido centinela ocupa la garita inmediata.

El antiguo Longwood, situado a doscientos pasos del nuevo, está abandonado. Después de haber atravesado un cercado lleno de estiércol, se entra en una caballeriza, que servía de dormitorio a Bonaparte. Un negro enseña a los viajeros un pasillo, ocupado en la actualidad por un molino de mano, y les dice: *Here he dead*: aquí murió. El aposento donde

nació Napoleón no sería, probablemente, más espacioso ni más rico.

En el nuevo Longwood, o sea *Plantation House*, y en casa del gobernador, se ven por todas partes retratos del duque de Wellington y cuadros representando sus batallas: un escaparate con puertas de cristales encierra un pedazo del árbol a cuyo lado estuvo el general inglés durante la batalla de Waterloo, y está colocado entre una rama cogida en el jardín del monte Olivete, y varios adornos de los salvajes de los mares del Sur, peregrina asociación hecha por los que tanto abusan de sus fuerzas marítimas. Inútilmente pretendió el vencedor ocupar el lugar del vencido, bajo la protección de un recuerdo de la Tierra Santa, y otro de Cook: bastan para Santa Elena la soledad, el Océano y Napoleón.

El tiempo ha corrido velozmente al paso que yo escribía las anteriores líneas, produciendo un acontecimiento que pudiera llamarse grande, si los sucesos de hoy merecieran otra calificación que la miseria en que vienen a parar. Se han reclamado a Londres los despojos mortales de Bonaparte, y se ha accedido a la demanda. ¿Para qué quería Inglaterra aquellos huesos? Está dispuesta a darnos todos los presentes mortuorios que apetezcamos. Hemos recibido las cenizas del que fué emperador en los momentos de nuestra mayor humillación: estuvieron expuestas al registro concedido por el derecho de visita (cuando vivía Napoleón no era tan fácil visitarle); pero el extranjero se ha mostrado generoso, y ha dado un salvoconducto para el transporte de los grandes restos.

Su traslación a Francia es una falta cometida contra la celebridad, puesto que nunca reemplazará al valle de Slane una tumba en París. ¿Quién desea ver a Pompeyo fuera del surco de arena trazado por un pobre liberto ayudado por un viejo legionario? ¿Qué haremos de tan magníficas reliquias en medio de nuestras miserias? ¿Representará el más duro granito la eternidad de las obras de Bonaparte? ¡Si al menos tuviéramos un Miguel Ángel para que esculpiera su estatua fúnebre! ¿Cómo se levantará el monumento? Para los hombres pequeños suntuosos mausoleos; para los grandes una piedra y un nombre. ¡Si se hubiera al menos colocado el féretro en el coronamiento del Arco de Triunfo, para que las naciones contemplaran al que fué su

señor sobre aquellas victorias que no lo inmortalizaron! ¿No se veía en Roma la urna de Trajano sobre su columna? Bonaparte se confundirá entre nosotros con las cenizas de oscuros cadáveres que nada significan, ¡Dios quiera que no esté expuesto a las vicisitudes de nuestros trastornos políticos, por muy defendido que hoy se encuentre entre Luis XIV, Vauban y Turena! ¡Ay de esas sacrilegas violaciones tan frecuentes en nuestra patria! Si triunfa cierto partido de la Revolución, no será extraño que el polvo del conquistador se mezcle con los demás despojos que nuestras pasiones han dispersado; entonces se olvidará al vencedor de los pueblos para acordarse únicamente del opresor de las libertades. Los huesos de Bonaparte no reproducirán su genio, pero darán lecciones de despotismo a soldados medianos.

Sea de esto lo que fuere, se ha puesto a disposición de un hijo de Luis Felipe una fragata cuyo nombre, célebre en los fastos de nuestras victorias navales, la ha protegido en el Océano. Desde Tolón, puerto en que se embarcaba también Bonaparte para conquistar Egipto, marchó el nuevo Argos hacia Santa Elena para apoderarse de la nada. El sepulcro se elevaba todavía silencioso en el valle de Slane o del Geranio; uno de los dos sauces llorones se había secado; pero lady Dallas, mujer de cierto gobernador de la isla, había plantado otros diez y ocho y también treinta y cuatro cipreses: el manantial refrescaba el valle como cuando Bonaparte bebía sus aguas. Se trabajó para abrir el monumento una noche entera bajo la inspección del capitán inglés Alejandro, encontrándose intactas las cuatro cajas embutidas unas en otras, a saber: las dos de caoba, la de plomo y la de hojadelata, después se procedió, en una tienda de campaña, al examen de la momia, en presencia de muchos oficiales, y entre ellos de algunos que habían conocido a Napoleón.

«Cuando se abrió el último ataúd, todas las miradas se dirigieron a su fondo, y encontraron, según el abad Coque-reau, una masa blancuzca que cubría el cuerpo en toda su extensión. Al tocarla el doctor Gaillard, reconoció un almohadón forrado de seda blanca, que guarnecía interiormente la parte superior de la caja, de la cual se había desprendido, y que cubría el cuerpo como un sudario..... Todo el cadáver aparecía cubierto de una ligera espuma, y cualquier-

ra hubiera dicho que se distinguía a través de una diáfana nube. Aquella era, en efecto, su cabeza, que la almohada levantaba un poco; su frente ancha y sus ojos, cuyas órbitas se dibujaban bajo los párpados, guarnecidos aún de algunas pestañas; sus mejillas estaban hinchadas, la nariz había padecido bastante, y la boca entreabierta dejaba ver tres dientes de extremada blancura; en el rostro se distinguían perfectamente las señales de la barba; las manos, sobre todo, parecían animadas con el soplo de la vida, pues conservaban la tersura y el color naturales; una de ellas, la izquierda, se notaba algo más gruesa que la otra; las uñas habían crecido después de la muerte; las tenía largas y blancas; una de las botas estaba descosida, y mostraba por su abertura cuatro dedos del pie de una blancura mate.»

El astro eclipsado de Santa Elena ha vuelto a aparecer en el mundo; el universo ha contemplado por segunda vez a Bonaparte, pero éste no ha visto ya al universo. Las errantes cenizas del conquistador se han iluminado con las mismas estrellas que le guiaron a su destierro, pero Napoleón ha pasado por el sepulcro, como por todas partes, sin detenerse. Desembarcado en el Havre, el cadáver llegó al Arco de Triunfo, dosel que refleja los rayos del sol en ciertos días del año; desde el Arco hasta los Inválidos, sólo hemos visto columnas de madera, bustos de yeso, una estatua del gran Condé y obeliscos de pino que representan la vida del vencedor. Un frío glacial hacía arremolinarse a los generales junto al carro fúnebre, como en la retirada de Moscov. Nada era allí hermoso, a excepción de la embarcación enlutada que acababa de conducir silenciosamente por el Sena a Napoleón y a un crucifijo.

Privado de su catafalco de rocas, Bonaparte ha venido a sepultarse entre las inmundicias de París. En vez de navíos que saluden al nuevo Hércules consumido en el monte Eta, las lavanderas de Vaugirard darán vueltas al recinto donde yace, acompañadas de algunos inválidos desconocidos en el gran ejército. Para preluir tanta impotencia de miras, los hombres de hoy no han sabido imaginar más que un salón de Curcio al aire libre; así que, después de algunos días de lluvia, nada quedó de aquellas ridículas decoraciones. Por más que se haga, siempre aparecerá en medio de los

mares la verdadera tumba del triunfador; nosotros poseemos el cuerpo, y Santa Elena su fama imperecedera.

En Europa he pasado por todos los sitios que sirvieron de tránsito al emperador después de su fuga de la isla de Elba. Entré en la posada de Cannes al mismo tiempo que se celebraba a cañonazos la conmemoración del 29 de julio, uno de los resultados de la incursión de Bonaparte, que éste, sin duda, no había previsto. Cuando llegué al golfo Juan, era ya de noche, y eché pie a tierra en una casa solitaria cercana al camino real: Jacquemin, alfarero y huésped mío, me condujo a orillas del mar, y allí nos extraviamos por sendas desiguales entre los olivares, bajo cuya sombra había vivaqueado Napoleón. El mismo Jacquemin había sido también su patrón, y entonces era mi guía. A la izquierda del ancho sendero se encontraba una especie de tinglado, en donde Bonaparte, que invadía solo Francia, depositó los efectos de su desembarco.

Desde la playa contemplé el mar en calma; el débil suspiro del viento no rizaba una sola espuma. En el golfo sólo se divisaba una barca anclada y dos botecillos; a la izquierda se veía el faro de Antibes y a la derecha las islas de Lerins; enfrente de mí se abría el mar del Sur hacia Roma, adonde el emperador me había enviado en otro tiempo.

Las islas de Lerins, llamadas hoy de Santa Margarita, sirvieron en la antigüedad de refugio a algunos cristianos que huían de los bárbaros. San Honorato escapado de Hungría, arribó a uno de sus escollos, subió a una palmera, hizo la señal de la cruz, y todas las serpientes murieron; es decir, expiró el paganismo, y la nueva civilización nació en Occidente.

Mil cuatrocientos años después llegó Bonaparte a terminar esta civilización en los mismos sitios donde el santo la había comenzado. El último solitario de aquellas islas fué el hombre de la Máscara de Hierro, si es que realmente existió; pero del silencio del golfo Juan y de la paz ofrecida por las rocas a los antiguos anacoretas salió el estruendo de la batalla de Waterloo, que atravesó el Atlántico yendo a morir en Santa Elena.

Ya puede suponerse lo que yo sentiría en aquellos solitarios sitios; entre los recuerdos de dos sociedades, entre un mundo extinguido y otro pronto a extinguir-

se. Me alejé de la playa lleno de consternación religiosa, dejando pasar y pasar a las olas, que hasta ahora no han podido borrar el penúltimo paso de Napoleón.

Al fin de todas las grandes épocas se oye alguna voz doliente que llora las desventuras pasadas: así gimieron los que vieron desaparecer a Carlomagno, San Luis, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV. ¡Cuánto podría yo decir, como testigo ocular de las modernas vicisitudes! Después de haber encontrado a Washington y a Bonaparte, ¿qué me resta ver detrás del carro del Cincinato americano y de la tumba de Santa Elena? ¿Por qué he sobrevivido al siglo y a los hombres, a quienes he pertenecido por la fecha de mi nacimiento? ¿Por qué he quedado solo para buscar sus huesos en las tinieblas y en el polvo de una inmensa catacumba? ¡Mi valor desfallece porque vivo tanto! ¡Ah, si al menos pudiera tener la indiferencia de un anciano árabe, a quien encontré en Africa! Sentados en una estera, con las piernas cruzadas, envuelta su cabeza entre lienzos, ocupan los habitantes del desierto las últimas horas de su vida en seguir con la vista, entre el azul del firmamento, al hermoso fenicóptero que vuela hacia las ruinas de Cartago: y mecidos por el murmullo de las ondas, olvidan su propia existencia, y entonan en voz baja la triste canción que precede a su muerte.

París, 1839.

Revisado el 22 de febrero de 1845.

CAMBIO DEL MUNDO.—AÑOS DE MI VIDA 1815 Y 1816. — SOY NOMBRADO PAR DE FRANCIA. — MI PRIMERA APARICIÓN EN LA TRIBUNA. — DISCURSOS DIVERSOS. — «LA MONARQUÍA SEGÚN LA CARTA.» — LUIS XVIII. — EL SEÑOR DECAZES.

Caer de Bonaparte y del Imperio a lo que le ha seguido, es caer de la realidad a la nada, de la cima de una montaña a un precipicio. ¿No concluye todo con Napoleón? ¿He debido hablar de otra cosa? ¿Qué personaje puede interesar fuera de él? ¿De quién y de qué puede tratarse después de semejante hombre?

Los mismos bonapartistas se habían replegado: el alma faltó al nuevo mundo tan pronto como Bonaparte retiró su aliento, y los objetos se borraron desde